

**YO,
ENCARNACIÓN EZCURRA
Monólogo en ocho momentos**

—

Cristina Escofet

EL PAÍS TEATRAL

 EDITORIAL
INTeatro

Escofet, Cristina

Yo, Encarnación Ezcurra : monólogo en ocho momentos / Cristina Escofet. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Inteatro, 2019. 48 p. ; 22 x 15 cm. - (El país teatral)

ISBN 978-987-3811-46-3

1. Teatro Argentino. I. Título.
CDD A862

Ejemplar de distribución gratuita
Prohibida su venta

Foto de tapa: Lucio Bazzalo

Consejo Editorial

Armando Dieringer
Nerina Dip
Carlos Pacheco

Equipo Editorial

Carlos Pacheco
Graciela Holfeltz
Germán Frers
Laura Occhiuzzi (Corrección)
Gabriel D'Alessandro (Diagramación)
Patricia Ianigro (Distribución)

© Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN 978-987-3811-46-3

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina.
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Reservados todos los derechos.

Producción a cargo de Eudeba.
Impreso en Buenos Aires, Diciembre 2018
Primera edición: 2.500 ejemplares

**YO,
ENCARNACIÓN EZCURRA
Monólogo en ocho
momentos**

—
Cristina Escofet

Cristina Escofet

Pampeana. Vive en Buenos Aires. Es profesora de filosofía por la Universidad Nacional de la Plata, dramaturga, directora teatral, especialista en temas de género. Se define, desde siempre, como feminista. Ha publicado teatro, novela, cuentos, artículos y ensayo. Ha estrenado teatro, televisión y radio. Sus temas fundamentales giran en torno a la temática de género, la historia y la identidad. Recibió premios, distinciones y nominaciones: Florencio Sánchez, María Guerrero, Mención Premio Municipal, Faja de Honor de la SADE, Universidad de Nueva York, Margarita Ponce (U.M.A), Argentores, ACE, Luisa Vehil y Trinidad Guevara, entre otros. Algunas de sus obras fueron declaradas de interés nacional y se han representado en Argentina, Cuba, Estados Unidos, Puerto Rico, Paraguay, Uruguay, España, México y Francia. Ha participado de congresos nacionales e internacionales, así también como de festivales de teatro nacionales e internacionales. Algunas de sus obras teatrales son las siguientes: *Té de tías, Señoritas en Concierto, Las que aman hasta morir, Los fantasmas del héroe, Ay, la patrie!, La Roca, Bastarda sin nombre; Ay, Camila, Sol de noche, Padre Carlos (el rey pescador); Yo, Encarnación Ezcurra.*

Agradecimientos

A los maestros y maestras que influyeron de diverso modo en mi pasión por la historia: Rodolfo M. Agoglia, José María (Pepe) Rosa, Pacho O'Donnell, Norberto Galasso, Felipe Pigna, María Saez Quesada, Félix Luna, Lily Sosa de Newton, Leonor Calvera.

A Andrés Bazzalo, lúcido interlocutor y magnífico director que hizo posible el relato escénico.

A Lorena Vega, actriz que vibra y hace vibrar con las cuerdas de esta brava “a chuza y bola”.

A Malena Zuelgaray, Agustín Flores Muñoz, Sebastián Guevara y Martín Miconi por la contundencia de su música.

A Adriana Dicaprio, por su talento multifacético.

A Soledad Ianni, por sus luces y sombras.

Al Teatro del Pueblo por apostar siempre a nuestro teatro.

Esta obra fue estrenada el 9 de abril de 2017 en el Teatro del Pueblo.
Obtuvo subsidios de Proteatro, Fondo Nacional de las Artes, Instituto Nacional del Teatro.

Cuenta con el aval del Instituto Nacional de la Mujer (INAM).

Ficha técnica:

Actriz: Lorena Vega.

Músicos: Agustín Flores Muñoz, Sebastián Guevara, Martín Miconi, Malena Zuelgaray.

Vestuario: Adriana Dicaprio.

Diseño de luces: Soledad Ianni.

Música original: Agustín Flores Muñoz, Sebastián Guevara, Malena Zuelgaray.

Fotografía y diseño gráfico: Lucio Bazzalo.

Asesoramiento artístico: Adriana Dicaprio.

Asistencia de dirección: Pablo Cusenza.

Prensa: Silvina Pizarro.

Dirección musical: Agustín Flores Muñoz.

Dirección general: Andrés Bazzalo.

Premios y distinciones:

Obra ganadora de la Fiesta del Teatro CABA 2018 – INSTITUTO NACIONAL DE TEATRO (INT).

Integró la programación de la Fiesta Nacional del Teatro –Rosario 2018– INT.

Formó parte del Ciclo de Teatro Histórico programado en la Manzana de las Luces – CABA 2018.

PREMIOS ACE (Asociación de Cronistas del Espectáculo): Ganadora: Mejor actriz. Nominados: Mejor director y mejor música original.

PREMIOS LUISA VEHIL: Ganadora: Mejor actriz. Nominados: Mejor autora – Mejor director – Mejor música original.

PREMIOS TEATRO DEL MUNDO: Trabajos destacados: Actriz – Iluminación – Vestuario.

PREMIOS TEATRO XXI: Nominada: Mejor actriz.

PREMIOS TRINIDAD GUEVARA (Ministerio de Cultura de CABA). Ganadora: Mejor autora – Mejor banda de sonido – Mejor diseño de iluminación. Nominados: Mejor actuación protagónica femenina .

PREMIOS MARÍA GUERRERO (Teatro Nacional Cervantes – Ministerio de Cultura de la Nación – Embajada de España): Ganadora: Mejor autora – Mejor música original.

Nominados: Mejor actriz – Mejor vestuario.

Soberanía político-social y el ejercicio del poder: Encarnación Ezcurra, ya en sus últimos momentos, evoca la parte central de su vida: haber sido el cerebro de Rosas, su otro yo, la gran armadora de la Revolución de los Restauradores. Desde la debilidad de su hoy, donde ya no tiene más que el poder de la que fue, ella se evoca como una política de agallas en momentos en que a las mujeres el orden de lo político les estaba negado. Visión política y pasión al servicio de su hombre y a la causa federal, pero también el olfato de que la ambición del poder que no dialoga con sus contradicciones lleva en sí el signo de su derrota. En un rastreo a través de la correspondencia que mantiene con su hombre en el desierto, Encarnación se evoca desde sus fortalezas y va comprendiendo que también sus debilidades forman parte de esa vida que ella eligió vivirla desde la acción de ser la estrategia de su hombre y que, finalmente, desembocó en ser la sombra callada de ese poder del cual no formaría parte. Fatal paradoja: ser el cerebro y la palabra de Rosas y partir de este mundo despojada de palabra propia. (C.E.).

Personajes:

ENCARNACIÓN EZCURRA: Mujer madura.

A criterio de la dirección, se podrá incorporar apoyatura de canto e instrumentos.

Momentos:

LA APUÑALADA

TAN LEJOS

QUERIDO JUAN MANUEL

AQUELLOS DÍAS

¿Y AHORA?

CONFESIÓN

TE VEO

EL MORO

Vemos a una ENCARNACIÓN EZCURRA cercana a sus últimos días en 1838. Está en su dormitorio. Viste ropa sencilla y poncho federal. Mobiliario austero. Cama, escritorio, espejo. Está rodeada de cartas¹ de papeles. Ella recuerda.

LA APUÑALADA

Yo, Encarnación Ezcurra. De padre Ezcurra y madre Arguibel. No nací en épocas de infancias. Fui mujer de destino pesado, a chuza y bola. India. Salvaje. Calculadora. Una serpiente en la corte de los conspiradores. De mí no se habla. ¿Encarnación? Fue brava. Prepotente. No se andaba con permisos. Eso dicen. El poder o es prepotente o es cacareada de político aguachento. No fui para débiles. Eran los tiempos de soñar la patria grande. No era fácil. No fue tarea blanda. Porque una nació de este costado de la tierra, dividida con los dueños en una Europa que se resistía a dejar de ser monarca. Y así yo lo fui entendiendo. Y me cuesta hablarme como desprendida de esa baraja difícil que fue para mí este suelo. Entre los salones, las iglesias, los malones y los entreveros. Baraja difícil. Taba cargada. Y una, nacida de coraje, pero mujer que debió calzar de gaucho. Me cuesta hablar de mí. Fui de las que se dejan para después. Ojalá no sea muy tarde.

¹ Se ha utilizado material consignado por la historia. (Cfr. Cartas de Encarnación Ezcurra por internet N.A).

CANTO

*Clavo una lanza en mi espejo.
Esa es mi cara.
Yo me apuñalo de frente.
Es mi mirada.
No quiero marcos ni estatuas,
lo quiero todo
o no quiero nada.
Yo, Encarnación Ezcurra,
la apuñalada...
Clavo una lanza en mi espejo.
Esa es mi cara.*

Esta Gregoria ni sabe ensillar el mate. Gregoria... Mirá si viene la chinita...
Gregoria, esto es un asco, ensíllame uno mejor. Qué chinita.

No, ella no me quiso. Agustina López de Osornio de Ortiz de Rozas
siempre supo de mi carta.

“Mi Juan Manuel: No sé cómo decírtelo, pero, por favor, apresurá nuestro casamiento porque estoy embarazada. Te quiero mucho. Encarnación”.

Pero ella, la Agustina, ya no tenía mando con su hijo que había decidido
dejar la casa de los padres. Mi hombre. Abandonó a los Ortiz de Rozas.

—¿Se va a ir sin más? (Yo, clavada en sus ojos azules).

—El poder no pide permiso. (Él).

Me mandaba con la mirada, y yo se la obedecía. Como obedecen las
bestias indomables. Obedeciendo y, a la vez, queriendo abrir la cancha propia.

Él nunca lo confesó, pero los dos lo supimos siempre. Nos olimos el ins-
tinto. Aquella Encarnación, mitad india, mitad socavón de las diabladas, se casó
con ese hombre. Como se casa la roca con la tierra. Fue un marzo 16 de 1813.
Nos regalamos candombes, una fiesta en medio de la negrada. Yo me casé con el
hombre fuerte. Y él, en realidad, ya lo presentía, era con la patria con la que se
casaba.

—Me gusta regarte. (Me decía por las noches).

Los ojos azul claro se le volvían casi negros. No era de decir lo que se dice que dicen los hombres a las queridas, a las amadas.

Él decía que yo era como el desierto, y que a él le sobraba cuerpo para reducirme. Mi temperamento de piedra que, a lo sumo, se agrieta lo exaltaba. Él decía que yo le traspasaba una sangre negra y arisca. Él decía que yo le alimentaba la cizaña, que yo le jadeaba venganza.

Mi poder, encaramarme como un águila, como un ave de rapiña sobre su sexo, mientras él me conquistaba haciendo de mí un reguero de malón herido. Él decía que yo era mala como los malones. Y me gustaba el castigo de su cuerpo sobre el mío.

La Agustina no me quería.

—¿Y así, sin más, vas a casarte? (Ella, que de sobra sabía).

—La sangre manda. Usted lo sabe, madre. Usted lo sabe... (Él, desafiante).

—No me gusta la maldad de esa persona, la maldad de tu Toribia es demasiada. (Ella, certera como las lanzas) Sí, negra Toribia me decía.

—Será mi esposa. Me gusta la sangre con gusto a barro. Y usted lo sabe, madre... (Él, perverso, sabiendo que yo era una herejía).

—Y yo en mi casa mando. (Ella, acorralada como cordero en casa del demonio).

—Pues, con que siga mandando en la suya y no en la mía... (Él, mi Juan Manuel).

La Agustina no me quería. Y tenía sus razones.

Siempre fui hombre para pensar. Y para urdir la trama. Y me inventé lo del embarazo. La Agustina me creía capaz de lo que soy ¿Y qué? Yo siempre fui una estrategia. Y me diseñé estrategia de varón para mi cuerpo de india. Me inventé la conquista de mi entraña. Algún día, la semilla prendería. Si el poder no pide permiso, la astucia gana las guerras.

Y sí, "... apresurá nuestro casamiento porque estoy embarazada...".

No me da la cara ni para el llanto, ni para ruegos a brujas y comadronas. No soy Trinidad Guevara para pavonear escándalos en un escenario, ni Trinidad Mansilla de Balcarce para lloriquear en los salones de la intriga de salón.

A mí me gusta intrigar de verdad. A mí me gusta la intriga que derriba al enemigo. No me gusta la intriga de la alta sociedad. Esa no sirve más que para dormir la siesta de los dominados. A mí me gusta una carta de intriga si la carta da en el clavo.

Además, la cara no me ayuda. La intriga tiene que ir con la cara. Lo aprendí de chica. Quise ensayarme.

Me vestí de señorona. Abanico. Polvo en la cara. Ademanes de decir que sí con la boca y que no con los ojos. Cambiando el ángulo de la mirada. El torso para un lado, la cabeza y el abanico para el otro. La boca fruncida como vi que hacían algunas misias al salir de misa. El empeine levantado, como pisando una culebra. Las ingles juntitas.

Es más, hasta me manecé como le hacen a las potrancas y caminé a los saltitos.

Abanico. Boca fruncida. Ojos ladinos para un lado y para el otro. Torso convocando el secreto. Pasitos cortos. Pisadita de pie plegado.

—Pero ¿usted se ha visto lo que parece? (Mi madre, espantada como quien ve un simio saliendo de una iglesia).

—¿Y qué, madre? ¿No puedo ensayarme de doña? ¿No puedo?

Y mientras más me ensayaba con los pasitos atados, más se enfurecía mi madre.

—Usted es india. Usted trae la cara que Dios le mandó para esta tierra. Quítese esa falda, sáquese ese enjute de los labios, desátese y que no la vea caminar como meada... Mírese al espejo, o espíese en un charco. Usted es india. Usted es como es. Usted es fea. Y aprenda a sacarse lustre con lo que Dios le ha dado.

Por eso apuñalé mi cara. Desde chica. La intriga tiene que ir con la cara. Tenía razón mi madre.

Por eso fui de pocas palabras. Fui más de leerle el silencio a las palabras.

CANTO

*Negra Toribia,
sangre de pampa.
Negra Toribia,
cuervo que grazna.
Fue socavando
casa por casa,
alma por alma*

*como diablada.
Negra Toribia,
dicen que rezan
tres mil tambores
de tu comparsa.
Negra Toribia,
cara de india,
sangre salvaje.
Fui como el yuyo,
como un cuchillo
que no se aplasta...*

Negra Toribia.

Cada una nace con la cara que le toca dejar. Como la patria, yo voy a dejar mi cara partida. La que mostré. Y la que había que adivinar. Siempre se tienen dos caras. La que Dios manda. Y la que vaya una a saber de quién es. Una piedra partida en dos. Esa fui yo. Hay flores que nacen de la piedra.

TAN LEJOS

Se me hace que todo está muy lejos para atrás. Pero lejos se me hace hoy. Y adelante, ya no tengo. Recuerdo. Los días de la decisión. Corría 1832... Como un león enfurecido ibas de un lado al otro de la habitación. La sangre agolpándose en tu cara. Me miraste y te paraste en seco.

—Me ratifican en el cargo de gobernador, pero no me dan los poderes. Renuncio. Asumiré Balcarce.

Quise preguntarte, pero tu pregunta llegó antes.

—¿Cómo gobernar esto tan dividido y aislado sin facultades extraordinarias?

—¿Y si Balcarce te traiciona? (Nunca me gustó Balcarce).

—Lo necesito en mi lugar, y toda política necesita de la traición. No hay otra que anticiparse en las jugadas.

—Los federales cismáticos se nos parecen, pero no son. En sí son unitarios con divisa. Mirá la viuda de Dorrego sino... La traición es una bosta, Juan Manuel.

El León me abrazó como se abraza a su mejor valiente.

—Podremos perder en el Parlamento, pero ganaremos el poder total. Nosotros también sabremos traicionarlos. Yo me iré a conquistar confines. Te necesito acá.

Sabías que en política la traición es como el rosario de cada noche. Te arrogaste la labor de la conquista del desierto... armaste tu propia gran batalla: recuperar territorio para retornar triunfante.

Balcarce y los cismáticos en la conspiración. Y yo improvisándome de jefa... Recuerdo aquellos días, Juan Manuel. Vos en el desierto. Tan lejos...

Agita una campanilla.

Gregoria... Gregoria... Qué chinita esta china...

¿No escuchás lo que se dice de tu dueña? ¿No sabés lo que se dice de mí? Y no me vengás con esa cursilería de que las endomingadas unitarias enseñan a sus esclavas. (*Remeda*). “Yo... n’ sé si deb’ escuchar..”.

No sé si debo escuchar. ¿Y qué otra cosa es deber en este mundo de soplonés, de abribocas, de conspiradores? Escuchar. Espiar. Cebiar mate, y pasárselo a otra, pero quedarse detrás de las sillas de las damas que se cuchichean entre sí.

Gregoria... ¿Me escuchás? Quiero que ya mismo te metás en el mercado. Y que después del mercado, le llevés los aretes a la mujer de Balcarce que hoy recibe a sus misias. Y que te quedés de convite esperando oír noticias... Ya, Gregoria, que el tiempo apremia... Y no te olvidés de pegar la oreja en cada silla. Las mujeres son sillas diciéndose cosas al oído. Siempre en rueda. Una al lado de la otra. Yo sé observar muy bien. Qué va.

Una vez, en reunión de federalas. Una misia solita sentada. Abanica que te abanica. ¿Mujer sola? ¿Silla sola? Mala entraña. Con un ligero movimiento de cabeza, di la señal. Y, al instante, una paisana de las nuestras se le acerca...

—Ha de estar muy de sofoque la invitada...

La misia se hizo la tosedora. Yo le mandé a traer el agua. Y en un ademán de descuido, la paisana le engancha la pollera con la punta de un arete en forma de gancho. Y en otro ademán, la pollera de la misia al suelo...

¿Y no va que se le vieron los calzones de hombre y las patas de peludo? Venir a espionar en casa de la federala. Me fui de la tertulia.

Dicen que le hicieron bailar un cielito casi en cueros. Dicen que no se le vio más el pelo. Dicen que lo vieron al fulano, atado a un zaino, a la rastra del caballo camino de Santiago del Estero. Y que el desgraciado ya tenía media cabeza descosida de su cuerpo. Directo a Santiago. Donde van a curtir polvo y estaca las almas que necesitan escarmiento. Las mujeres son sillas. Pegaditas. Solitas. Como de espías.

Y esa es mi sabiduría... Detrás de cada silla, poner el oído tieso. Y tardarse más de lo acostumbrado en el mercado. En el mercado, se pasan los datos. Y yo los necesito todos. Y, por eso, las chinitas y la negras son el mejor anillo, el que mejor se calza en nuestros dedos. Yo no llevo mucha alhaja, yo tengo el pueblo conmigo. El pueblo es la mejor joya. Porque yo soy el pueblo.

A mí no me confunden ni disfrazada de virgen negra. De sobra se sabe que no parezco dama. Pero mi hombre me quiere porque necesita de mi savia, de mi menjunje, la mezcolanza de este modo de ser varón y mujer al mismo tiempo. La negra Toribia. Yo, Encarnación...

Me gusta escribirte, Juan Manuel. A veces, me imagino que esta que soy tiene otros modos, otras maneras, que huele a perfumes como los de Mariquita, que se luce soberbia como la Ujier o la Guevara²... Me imagino que soy una mulata como las de las comparsas y que candombeamos y candombeamos hasta un amanecer de gritos destemplados... También imagino que soy una reina de la corte portuguesa, poderosa y temida, y predispuesta a dar órdenes y servir vinos y manjares... Y vos te ponés tierno y me decís:

—Vocé no es brava, mi señora, vocé tiene el mando en la sangre... Vocé es mi amiga... Vocé es la amiga de mi muerte...

Tu negra Toribia, a veces, se delira con su propio imperio.

Anoche soñé que me veías, así, como una reina coronada. La virgen de Balvanera a mi lado, un par de negras como un coro de ángeles federales vestidas de colorado leyéndome el futuro en los cantos de las caracolas, ahí, en el suelo. Yo avanzaba hacia vos. Desvestida, con mi pelo de india reluciente.

Tenía las tetas duras y anchas como un malón de nodrizas. Y la Gregoria me había tejido una trenza en mi pubis enrulado.

2 Actrices de la época (N.A).

Y la trenza era mi arma, mi puñal, mi trompa de elefante. Y el piso era de aceite, y los dos nos resbalábamos. Y vos me decías que jamás hembra alguna había desenvainado tanta animalidad ni despertado tanta cacería humana... Y ordenabas que cerraran todas las puertas y ventanas.

Mi trenza te domaba. Y yo te aferraba a mi carne. Y así nos amábamos. Me desperté empapada tratando de encontrarte.

Mi Juan Manuel... A veces, vos tan lejos... Digo, a veces, yo tan sola. La fiebre me atenaza...

Y no te lo escribo, porque ya te digo, son los sueños que no piensan, los que en las madrugadas me despiertan. Son solamente sueños, y es que, a veces, pasan a buscarte.

Pero no temas, sigo siendo tu hombre de confianza.

QUERIDO JUAN MANUEL

Toma una carta.

“Querido Juan Manuel: ...Unitarios. Siempre se persignan ante la fuerza. Así lo han escrito:

“Impondremos la unidad a palos”. Nosotros, los discípulos de Artigas, los que pensamos la patria grande, no fuimos los fusiladores de Dorrego. Rivadavia sembró la simiente unitaria. La violencia de desarmar el ejército de nuestro amigo José de San Martín. Y sin unificación, ¿qué otra cosa que violencia puede oponerse a la violencia? ¿O acaso Rivadavia no hizo acallar el voto de los pobres? Ni negros ni paisanos, ni mulatos, ni iletrados... Ay, Juan Manuel, cómo te necesito aquí a mi lado... Tu amiga y compañera”.

Hay días que me levanto con ganas de recorrer estas calles conduciendo mi chatarra a la velocidad de los gatos del monte y gritando como salvaje: viva la Santa Confederación. Viva el Pacto Federal. Muera la Liga Unitaria de los Paz, muera la entrega de esta tierra. Mueran los salvajes unitarios.

Sí, Juan Manuel, no dejaré de vociferarlo.

Me sé de memoria las caras unitarias. De los que claman la limpieza de esta patria. Como barajas finas de nácar en jugadas de cuchillo de pulpería sangrienta. Porque eso son.

Juan Apóstol Martínez. Inmundo unitario. Juan Apóstol Martínez. Asesinar gauchos por ser o parecer federales.

Por eso defendiendo mi cara. Mi cara es federal, querido amigo. Apesto a federal en cada poro.

Juan Apóstol Martínez... Salvaje unitario. ¡En la boca de un cañón atar a un paisano!

Y enseguida metralla. Sí, metralla. Paisano atado. Y orden de disparar el arma.

Y el infeliz saltando como bala humana en pedazos. Y como la Sagrada Ilustración no cree en Dios, dicen que tuvieron la piedad de ponerle flores a los pedazos esparcidos. Como un modo de mofarse de un cristiano.

Salvajes unitarios. Fundadores del terror. Y, en nombre del terror, te condenan a la muerte. Para imponernos un terror más grande: dejar atada nuestra patria a los foráneos.

Toma otra carta.

“Mucho se habla del coraje de Lamadrid, mi querido amigo y compañero, pero nadie sabe si fue por coraje que colgó a la madre de Quiroga de un gancho encadenada... ¿Ese es el valor unitario? ¿Esos son los que llaman Rey José a San Martín? Iban a matarlo. Él lo sabía. Como ahora te quieren matar a vos. San Martín. Hubiese sido nuestro líder federal... Hizo bien en no quedarse”.

Tu Encarnación es de coraje. Pero hierve, Juan Manuel, hierve de rabia. Porque no nacen líderes todos los días en esta patria, y, cuando nacen, la cipaya los olfatea, los detecta y los destierra. Tu pampa es una pampa guacha, mi querido. Tu pampa es una pampa de hijos obedientes. No quiere “Padres Patria”, Juan Manuel querido.

CANTO

*Los cielos unitarios
mandan degüello.*

*Las picas federales
baten a duelo.*

*Las sangres de
esta patria*

surcan un río,

*y en ese río nada
el desconsuelo...
No es tiempo
de guitarras
que digan paso.
Las cartas de este juego
gritan un quiero.
El truco de esta tierra
ya está jugado.
Valiente es quien no tiene
naipes marcados...*

Continúa con las cartas.

“Las unitarias, mi querido compañero, siempre van detrás de los maridos, y tienen la monarquía en la cabeza, entre las piernas, y en esa manera de dirigirse a la poblada. Mandando siempre y no prometiendo ni dando nada. No les gusta ser del pueblo. Y el pueblo detesta tanta doña afrancesada. El pueblo es federal. El pueblo es mondongo. Candombe. Congos. Mozambiques. Molembós. Y, desde luego, balazos y cuchilladas. Y yo soy pueblo. Las unitarias nacieron para esconderse en las fronteras. Yo nací para mandar entre los míos. Y los míos me obedecen. Y los ajenos me temen”.

Canturrea.

“Los cielos unitarios / mandan degüello / las picas federales / baten a duelo...”.

Soy el mejor hombre que mi Juan Manuel podía tener. Yo, la negra Toribia.

Siempre me costó disimular modales. Pero el pueblo tampoco disimula. Y Rosas sabe dirigir y digerir la paisanada. Nosotros no tenemos reinos. Nosotros tenemos que hacer la conquista propia.

AQUELLOS DÍAS

Mi hombre en el desierto... Se me hace un siglo.

Reconozco que disimulé mi rabia. Digo, la de quedarme acá. Haciendo los mandados de política. ¿No podía llevarme? ¿No soy mejor que cualquier hombre? Me dio rabia. Seguro que necesitaba “enchinarsé”. Seguro que se habría reído de mi viéndome como soldada, como chinita cuartelera metida entre su tienda. Haciendo la cola de las busconas...

Las chinas... se sabe que los siguen a caballo. Vestidas de soldado. Soldados para mitigar los ardores. Nunca me dijo nada.

Aquellos días. Conspirando para los que hicimos la Revolución de los Restauradores.

Continúa con las cartas.

“Mi amigo y compañero: Las masas están cada día más dispuestas, y lo estarían mejor si tú círculo no estuviera tan cagado. Mucha cagada entre tu gente. Y hasta aquí te digo... Muy lindo el caballo que te mandó Quiroga, él sí que es de hacha y chuza. Cuando puede, me visita con su Moro”.

Aquellos días. Y hoy. Qué cosa extraña. Ojalá uno no llegara nunca a lo que quiere. Y esta debilidad de los huesos y de la sangre. Sí, me vino con mi hombre Juan Manuel en los honores. Los honores me lo arrebataron. A mi hombre. Lejos, lo sentía cerca. Y de cerca ni lo siento.

Y lo miro manejarse en el poder supremo, como si siempre hubiera sido de él. Y yo muriéndome. Yo soy la que era. Yo soy mi recuerdo.

¡Viva la Santa Federación!

Aquellos días del todo o nada... Mi hombre en el desierto. Y el poder en estas venas.

Se me mezcla todo como una mazamorra, como una masa, como un charco en remolino...

Él, en los confines del desierto... La soledad de los campamentos. Las picas clavadas esperando los asaltos. Los caballos prestos. El fuego calentando

la intemperie. Los avestruces conviviendo las contiendas. El desierto. Como la patria del misterio.

Yo, Encarnación Ezcurra aquí. En la contienda de la intriga. Con la cara que le tocó. Entre la persuasión y el exceso.

Pero no puedo decirle a Juan Manuel que no todo es trigo limpio entre los nuestros, que abunda la cizaña. Qué difícil vivir entre la mano pesada y la jugada justa.

“...Te cuento, Juan Manuel, que a Álvarez Condarco lo espanté. Era un espía”.

No puedo decirle a mi hombre “me parece...”, es como si yo tuviera que adivinar lo que él piensa. La estrategia de una mujer es eso: ser siempre el pensamiento y la mano del varón. Pero por cuenta de una.

Nos quieren matar a todos. Pero no puedo andarle con sospechas. Tengo que saber cuándo una cosa es sospecha y cuándo un hecho, un hecho es.

Aquellos días... El hoy no es mi presente.

Vos en el desierto, Juan Manuel. Y yo aquí, mitad creyendo y la otra desconfiando. Esta casa quieren llenarla de mala reputación. Quieren hacerme aparentar que mis reuniones son orgías...

“...La mujer de Balcarce, de casa en casa hablando tempestades de mi, viciosa y disipada eso dice... y que a vos no te importo. Te elogia a vos. A mi me degrada. Ese es el sistema. No quieren perderte los Balcarce, porque no quieren perder sus intereses. De miedo te respetan. Pero tienen preparados el chumbale y los balazos”.

No soportan que mi casa federal sea un palacio. Una fiesta es agasajo si es en casa de unitarios. Si un federal te recibe, no te agasaja, conspira. Mi querido: “Deseo saber si querés que te haga una visita en el campamento. No sé si es de tu aprobación. Lo deseo mucho”.

Tu desierto. Aquellos días. Y yo entera.

Mi Juan Manuel, te imagino escuchando lo que a ningún confesor yo le diría. Que me gusta acariciarte el miembro como si estuviera encebando el cuero máspreciado. Me gusta eso de montarnos de hombre a hombre. No se me nota la sonrojera de decir que ando en celo porque soy negra y a los negros el sonrojo nos vuelve más bruñidos.

CANTO

Yo

me inventé varón.

Mazorca al frente.

Yo

negué a la mujer

mi propia savia.

Yo

mastiqué este polvo

con gusto a rabia,

y asesiné piedades

con ira y saña

sabiendo que mataba

mi propia entraña.

Mis lágrimas callaron

lo que veían,

pero no siempre es

silencio

lo que sentía...

Mi hermano San Benito

me sabe buena,

y me sostiene

la virgen de Balvanera.

Repican las campanas

Santa María,

Santa Toribia negra

tendrá su día...

Agita la campanilla.

Gregoria, miren si viene la caprichosa... qué chinita...

¿Y qué?

Sí, me hubiese gustado. Me hubiese gustado gustarte, como te gustan las mujeres que no ponen cerebro en su cuerpo porque no lo tienen... Me gusta mi cerebro y me gusta el poder, mi querido Juan Manuel... Pero me da rabia que nunca el poder vaya a ser mío.

Me cuesta volver al ahora... Porque el poder me está abandonando. No me necesitás como varón. Y para inventarme mujer, ya es tarde...

Gregoria... Gregoria...

Agita la campanilla.

¿Y AHORA?

Te tengo el día entero recorriendo nuestra finca. Estabas más cerca antes en el desierto. La longitud de la pampa era más chica. En mi corazón no había distancia. Te tengo y no te tengo... Por eso no te hablo, Juan Manuel. Para que me adivinés en el silencio.

Ya no son días de todo o nada. Ni siquiera me coloco del mismo modo la divisa.

A veces, Juan Manuel, me preguntás por qué no hablo. Y, la verdad, es que la palabra se me quedó en el recuerdo. Todo o nada ¿Ves? ¿Ves al traluz de mi misma? ¿Ves como yo soy la dueña de tu historia?... Asomate a la ventana de mi alma, Juan Manuel... No rehusés encontrarte.

Aquellos días... Vos en el desierto. Yo rodeada de los míos. Las cartas. Lo que se dice. Lo que se trama. Lo que se espía.

Toma una carta.

Esta carta tiene olor a la Pascuala. La alcahueta traidora de los Balcarce. Sí, esta carta tiene el olor de los traidores. Joder que son monárquicos.

El exceso unitario es justicia. El exceso federal es masacre. Y, en medio de los dos, los federales cismáticos. Los peores de todos, los espías entre los nuestros. La manzana envenenada. Y yo, Encarnación Ezcurra, para decidir quién es quién y hacer equilibrio para que el León triunfe. Que todo sirve. Desde luego, en principio, todo sirve, y, después, cuando ya no, se extirpa de raíz. El poder es usar y tirar. O matar si viene al caso.

Eso es poder. Lo tengo claro. Sin tanto malabar. La estrategia es silenciosa. A ver qué dice la misia Trinidad Mansilla de Balcarce.

Abre la carta.

“Mi querida Encarnación: Balcarce está solo. Insultado. Vayan ustedes a defender a su amigo”.

Rompe la carta.

Bonita manera de defender al marido. Llorar. El poder no se pide prestado. Se tiene. Se conquista... Estos son tiempos de pelear a chuza y bola... Defender a Balcarce... Federal de sangre aguachenta... Cismático cipayo... Tenerlo en mi cama... con un puñal entre las piernas... Y verlo retorcerse mirándose las bolas hechas tripa... Defender a Balcarce... Hacer que lo defendíamos mientras lo que hicimos fue derrotarlo. No fue fácil.

Fue como manejar un carro a dos caballos. Uno, un caballo manso. El otro, el desbocado. A lo mejor, como cuando era niña, con la boquita diciendo que no, con los ojazos diciendo que sí. Y la patita, así, prometiendo matar la bicha.

Nuestra fue la victoria de la Revolución de los Restauradores, Juan Manuel. Y yo fui la mano que logró el triunfo. La mano de mi cerebro, Juan Manuel. Durmiendo y no durmiendo por las noches. Dando en el clavo.

Mascullando. Sabiendo que un cuello para arriba es orden feroz. Que ojos apretados es yo no di esa orden. Que henchido de nariz es impotencia sofrenada. Que cobijarse en mantón y dar la espalda significa a la vuelta de la iglesia. Que faltar a la cita es saber que uno de los nuestros se pasó de bando. Y que el rosario por las noches es pedir taba con suerte para estas filas...

Siempre hablando como no hablando, en la oreja del otro que, de tan entrenado, tiene la oreja larga. Las orejas de los bien mandados son manos largas que agarran las órdenes que salen de la boca como siseo de viento entre los álamos. Así fui yo. Yo, la Encarnación. La de antes. La que hablaba. No la de ahora. La de ahora sobra. Y vos, Juan Manuel, no sé que ha de ser de vos sin mi cerebro...

El Carancho es un exceso. Te lo dije entonces, te lo digo ahora. ¿Es necesidad tanta bosta entre los nuestros? Esa bosta no es federal, esa bosta humana es bosta paga. Y el Carancho es bosta.

Lee otra carta.

“Querido Juan Manuel: El otro día, se me anunció Don Vicente, el Carancho. Es de mirar fijo y feo. Este es el mandinga endemoniado...”.

—Espéreme en la sala, Don Vicente...

(*Para sí*). Que me espere, he dicho. Que me espere. Pero de pie. Le hice esperar. Guata vieja. El Carancho.

Me apersoné al fin. El Carancho, ahí paradito, como estatua de alcahuete superior. Porque está el aprendiz de alcahuete que se hace el mansito y está el alcahuete superior, con diploma de Doctor. Me impresionó con la labia. Reverenciando me dijo:

—Conde de la Calavera y Majestad Caranchísima de la Guardia del Monte³. Viva la Santa Federación. Mueran los salvajes unitarios...

—Y mueran algunos federales de sangre lechosa... —le agregué. Gregoria... Traiga una silla como Dios manda a este noble de nuestra causa...

La verdad me impresionó. Pero fui al grano.

—Vayamos a lo nuestro. Se habla de la caída de Rosas. Hay que hacerle entender a la paisanada que si pierde Rosas, pierde la Federación y si pierde la Federación, pierde la paisanada. Mano dura y ejemplar. ¿Me entiende? Balcarce tiene que caer ¿Me entiende? Tiene que caer. Hay que hacer que caiga. Sin que parezca que nosotros nos andamos en medio de este lío.

—Estoy al tanto. (El inmundo se escarbaba entre los dientes).

—Mándese, Vicente. Con la prudencia necesaria. Usted me entiende. Mándese un escarmiento a la contra. Mándese una advertencia. Un “aquí mearon los federales”. Mándese. Debe saber hasta dónde. Y Rosas al margen del entuerto.

El Carancho tenía los ojos como sortija de plata.

—Se vienen tiempos duros, Don Vicente. (Insistí).

—Dígame Carancho, Ña Jefa. Me gusta la carroña.

—En esta casa los nombres de pila son como le diré, como la fachada... Pudiese venir cualquier misia ¿Me entiende? Don Vicente suena a parroquiano inofensivo...

— Pero yo me ando en las sombras. Usté ya sabe... Yo soy de cuchillo, y de hacer bailar la refalosa al que me cuadre. ¿Se acuerda de que me mandó a vigilar las otras noches?

³ Títulos que él mismo se adjudicaba.

—De sobra sé lo que le mandé a vigilar. Y también sé que le he dicho “con cuidado”. Nos quieren matar, Vicente. Y no hay que incentivar el crimen. Y eso se viene haciendo y me preocupa. Pero hay que tomar medidas para los nuestros. Ya. Hoy mismo. Esta noche si es preciso. Rápido, don Vicente, hay que terminar con todo, antes de mañana. Hay que dejarle el campo listo a Juan Manuel. Él quiere la unificación del país. Él quiere la patria grande. Él comprende la pampa, porque aprendió a leer los ojos de la paisanada... Federales cismáticos, los lomos negros de Balcarce, como los unitarios, sueñan con coronas a la europea.

—La horca es la mazorca —respondió. Tengo una sorpresa para la Restauradora. Para que vea que sé cumplir con los deberes. Y que cuando la Restauradora me dice mándese, Vicente, el Vicente se manda...

Y huyó al patio del aljibe, y, como un rayo, volvió arrastrando caja descomunal.

Y otra vez la reverencia: Conde de la Calavera y Majestad Caranchísima de la Guardia del Monte. Viva la Santa Federación. Mueran los salvajes unitarios...

—Vuestra sorpresa. (Dijo el Carancho).

El grito se me congeló en las venas.

—Por Dios... Un cajón lleno de cabezas, orejas, brazos... ¿En esta casa? ¿Una carnicería?

—No quedó ni una cabeza en pie. Ni oreja sin cortar... Las corté al mejor estilo unitario. Al mejor estilo Lamadrid... Las apilé como pude. Quise que usted las viera, mi Jefa. Y como sello mire... En cada casa, esta firma...

Alzó mazorcas embebidas en sangre. En sangre de los infelices. A algunas les chorreaban todavía tripas frescas.

—Por Dios, Vicente... Esta es casa de guardar... De mí se dice que soy chupandina, que he atropellado gente con mi coche... La mujer de Balcarce con una mano me pide ayuda, pero dice cuanta barbaridad se le cruza sobre mi persona. Soy un cerebro político. Yo solo ordeno palizas. Repartir pasquines injuriosos... Yo digo amedrentar. No sembrar el crimen.

—Y... a los mazorqueros, se nos va la mazorca de la cabeza al culo... Y el cuchillo no se mide... Se va solito como culebra en el pasto... Usted dirá discreción... Vaya a darle ese consejo a un cuchillero...

Así fue.

Y estoy en lo cierto, Juan Manuel, cuando te digo que tu gente es una

cagada... Y este hijo de puta del Carancho la seguía: “Usted me dirá a quien enviarle cabezas, orejas como presente, y a quien meter en picas pa’ decorar las calles... había que verlos de rodillas...”.

Quise huir de todo...

Había que ver al Carancho diciendo lo que les decía a los infelices mientras los acuchillaba o los lanceaba y les hacía bailar la refalosa sobre las propias tripas: “No tengan miedo, párense derechos, alcen la cabeza que no se muere más que una vez”, les decía.

Bendije que nadie estuviese presente y le grité un “márchese ya”. Una cosa es amedrentar. Otra, arrastrar el crimen en una carretilla. Infeliz criminal.

Y me sostuvo la mirada. Y no se iba. Y le repetí.

—Yo no he dado esa orden. La de matar a mansalva. Le ordeno que se marche usted y esos ejemplos. Procure salir por el patio de atrás y que no lo vea nadie...

Y el inmundo canturreando...

CANTO

*La refalosa
tiene
ese no se qué,
y entre caer
y alzarse,
ya ni se ve
si el que vive
está muerto
o si en desliz
solo patina
el alma
del infeliz...*

Y me bailaba la refalosa, cuchillo en mano, y se me abalanzaba como si en verdad quisiera hacérmela bailar a mí. Hay que ser dura como carcasa de quirquincho para sostenerlo con la mirada.

Yo nunca mandé asesinar. Eso es incitar al crimen, Juan Manuel. Entien-

do que hay que degollar al que degüella, pero degollar para ejemplificar. No es modo.

Y aquí me ves, Juan Manuel. En manos de cualquiera. Cuánto lamento que cualquiera sepa exagerar las órdenes políticas. Cualquiera sabe matar y cuerear gentes, como si fueran ganados. Vamos a ganar la revuelta. Vamos a ganar las elecciones, Juan Manuel. Te van a devolver los poderes soberanos, vas a gobernar con el poder pleno, pero tu gente es una bosta.

Y así te lo escribí, Juan Manuel. Así no, Juan Manuel. No así.

Y te lo digo ahora que ya no tengo voz. Hay nuestros que son una bosta. Una bosta, Juan Manuel. Son una bosta. Y quiero que lo sepas. Y también tus alcahuetes. Si al menos pudieras comprenderlo...

¿Cómo puede mi León rodearse de locos semejantes... El Carancho, el chiflado del enano Eusebio... Mulato de mierda que se cree descendiente de los incas.

Más vale que me escuche el que se dice mi hombre. Soy capaz de hacer una revolución para él, pero también contra él...

Sí, Juan Manuel, yo hubiera podido traicionarte y hacerte una revolución en contra. Porque el pueblo es mío. Y el que tiene el pueblo, tiene el poder. El sudor y la pueblada son míos. Y gentes como el Carancho no son pueblo. Son mierda asesina que se vende al que venga.

CANTO

*Mi Juan Manuel,
cuidado,
grita el instinto.
Hay que saber
si el aire sopla distinto.
Y si acaso soplase
contra tu raza,
sabrás que el destierro
guarda una plaza...
Mi Juan Manuel,
cuidado,*

*gritan las sombras.
Hay que intuir
el tiempo
que no nos nombra...*

Ayer yo era tu fortaleza. Hoy no, Juan Manuel. Y van a eliminarte, Juan Manuel... Quieren entregar América. Coronar al príncipe de Orleans.

Vendrán por vos. Lo sé. Y yo ya no estaré, más que en el recuerdo de los días fuertes.

Antes soñaba. Ya no. Solo quiero confesarme, aunque sea con el pensamiento. Padre Camargo, ¿me escucha?

CONFESIÓN

Padre Camargo. No es por mi vida por la que temo. Y yo, Padre, ya me estoy yendo.

Pero no quiero ni perdón ni eucaristía. Mi Dios no es el Dios de los monarcas, Padre. Yo creo en la milicia espiritual. Yo tengo el Dios de la negrada, y los dos sabemos que nuestros ángeles son solo caudillos. Caudillos de la fe, Padre Camargo. Y disculpe si no voy al grano, porque confesarse no es dar órdenes. Y yo nunca fui de hablar ni confesarme.

Ella, Agustina López Osorio de Ortiz de Rozas, siempre supo de mi carta.

“Mi Juan Manuel: No sé como decírtelo, pero, por favor, apresurá nuestro casamiento porque estoy embarazada...”.

Por aquellos días, yo tenía la rienda. Y ahora soy yo quien la ha perdido. Pero no perdí el coraje.

Mi cuerpo ya no me acompaña. Pero mi alma se encrespa cuando recuerda la derrota de Quiroga en La Tablada, Padre Camargo, porque se quedó sin lo que más amaba, su caballo el Moro. Su mejor consejero. Su mejor amigo.

Yo ese día de junio, de temprano, me encomendé a mis santos. Sí, soy santera. San Benito de Palermo me bendice y soy amiga confidente de la virgen de Balvanera. Y ese día, de La Tablada, Padre Camargo, olí el crimen y presentí la derrota. Usted sabe que un alma líder siempre necesita un dueño. Y el Moro

era el dueño de Facundo. Y comprendí las lágrimas de Quiroga llorando por la bestia. Y el Moro no le fue devuelto, Padre Camargo.

Y yo siempre lo entendí a mi amigo. No es la derrota lo que duele. Lo que duele es que te arrebaten las entrañas. Lamadrid se quedó con el caballo. Porque la traición traiciona quedándose con lo que es de tu misma sangre. Ese día fue la muerte de Quiroga.

Por eso, después, años más tarde no me sorprendió Barranca Yaco ni los Reynafé, ni Santos Pérez, ni la doble faz del aguachento del amigo a medias López. El crimen y la traición comulgan juntos... Pero arrebatarle a uno lo que más uno quiere...

El Moro era el hijo de Quiroga.

Por eso le digo, Padre, aquel día de 1829 lo mataron. Cuando le robaron el caballo. Él ya llegó muerto a Barranca Yaco. A uno, lo matan antes, Padre Camargo. La muerte empieza antes. Y avisa, antes de que sobrevenga el crimen. Y el alma asesinada queda en pie vagando por más sangre. Fíjese qué confesión, Padre.

Y esta es la política. La tengo clara. Uno elige las armas, la trinchera. Pero el poder se va antes de que uno caiga. El poder es como el Moro, el mejor caballo.

Y esto, quisiera decírselo a Juan Manuel, Padre. Y siento que ya no puedo. Ni señas puedo hacerle. Quiero que le diga, Padre, que un día, nos roban el caballo a todos y ese es el día que perdemos, porque el poder no es la fuerza, el poder viene del ángel que nos cuida. Y el Moro era el ángel de Quiroga. Y uno tiene que saber quién es su ángel... Todos tenemos una bestia que nos guía. Usted me entiende, Padre. Y no hay que dejar que nos la saquen. A la bestia.

Quiroga ya no está, pero intuyo que el Moro anda sin riendas...

Lo veo como hacienda bagual, parado en un acantilado. Una estrella en la frente. Y yo sé que me está llamando. Porque me necesita, Padre.

Toribia me grita el Moro. Toribia, me dice su silueta fantasma... Y yo me ando entre mis propias brumas buscando al Moro.

Ayúdeme. Ayúdeme a decirle al que fue mi hombre que la que fue su Encarnación, la mulata Toribia, está esperando al Moro.

Ayúdeme a decirle que me quiero ir. Sí.

Ya no quiero esta tierra, mi querido amigo. Ya no la quiero, porque soy tan soberbia, que solo quiero lo que con seguridad pienso que ha de ser mío. Y no quiero que nadie me lo saque.

Dígale a Rosas que estoy esperando al Moro.

Quiero entreverarme con los Reinafé, con los Paz, los Lavalle, con pulso y hacha propios. Cuerpo a cuerpo. Ayúdeme a que salgan palabras de mi boca. Estas: Quiero dirigir mis propias batallas, Juan Manuel. Y descubrir el otro lado de mi espejo hachado. Quiero irme montando en pelo, mi querido.

¿Usted me escucha, padre Camargo?

CANTO

*Y si el Moro viene,
no te detengas,
rápida centella
huye,
no te arrepientas...*

*Cuando
el desierto sangra,
no deja huellas.*

*Y si el Moro
te busca,
no tengas dudas.
él es tu Dios,
tu guía,
la mejor senda...*

*Y si el Moro viene,
no te detengas,
rápida centella
huye,
no te arrepientas...*

*Cuando
el desierto sangra,
no deja huellas.*

*Y si la pampa llora,
dale consuelo.*

*Prométele
caudillos que
la comprendan.*

Y si el Moro

*te lleva hasta
una frontera,
no dudes en seguirlo.
Será tu estrella.*

¿Moro?

TE VEO

No puedo hablar, pero te veo, Juan Manuel. Te veo caminar por nuestra estancia. Manuelita a tu lado. Y la ahijadita Eugenia Castro. La que te dice Tatita y a mí me cuida como lo que soy, como una almita que apenas come y ya no existe. Eugenia Castro. Una malparida que vaya a saber... La guata preñada de váyase adivinar. Presta la chinita. Pero ligera. Si hubiese sido en los tiempos de mi temple, le fajaba el vientre y le hacía escupir el nombre del que se la caminó. Muy de Tatita y ya le traigo el mate. Chinita ligera y caminadita.

Al Carancho, el otro día, lo pesqué mirándola. Se mondaba los dientes con la punta del cuchillo. La espiaba por la ventana. La chinita se desnudaba en el cuarto. El carancho se la comía por las rendijas. Chinita pisoteadita. Váyase a saber en qué terminará la cosa. Qué otro se la montará. Una sabe cuando una hembra nació domadita para la monta. Y la Eugenia Castro es ligerita.

Gregoria, tiéndame la cama con la mejor sábana de hilo. Quiero que el León duerma en cama de rey. Y la Eugenia yo sé que se me ríe por detrás. Porque ella sabe que yo ya no soy hembra de nadie. Y me cuida y me obedece. Y ya corre tras de su Tatita. Pero ya no estoy ni para reclamo. Ni para castigo. Ni para sospecha. Vaya a saber de quién será la cría, y vaya a saber por qué Diosito la trajo acá.

No puedo hablar, pero lo veo. Juan Manuel me mira desde lejos, como quien ya mira lo que no se va a mirar más.

Yo lo espero al Moro.

Y esto que digo, ni siquiera sale de mi boca. Es el pensamiento que se escapa solo. Y hasta se lo he escrito a mi querida Inés de Anchorena. La sé mi amiga.

Ella sabe que sueño con el Moro. Ella sabe que mi mayor ilusión hubiera sido vestirme de soldado y seguirlo al León por el desierto. Y dormir a la intemperie. Y, acaso, abrazarlo como hembra que a lo varón pelea. Me faltó ser de la

contienda. Me faltaron las heridas y los sables. El entrevero de verdad. Me faltó el coraje para vivir o morir en serio, en las batallas, con la sangre que no llora. Lanceando o aguantándome la herida. Me faltó el sol en el cuerpo. Me faltó el torso desnudo o anudado con un trapo. Me faltó escupir en el suelo, mear entre la soldadesca y entreverarme con mi hombre. Me faltaron las gárgaras de aguardiente y oler como huelen los valientes. Me faltó usar el cuerpo como un hombre. Y amarte de hombre a hombre. Como vos me enseñaste.

Y ese fue mi delirio en los días de estar sola, mi querida amiga, y te lo digo... Por las noches, en plenos días del León en las fronteras, yo me apartaba la ropa y me tendía en el suelo, como estaqueada, y al cerrar los ojos, como un viento de azufre me transportaba al horizonte del desierto. Y así tendida en ese vuelo, se me aparecía mi hombre.

Y yo, como un águila, lo atrapaba. Y ya nos perdíamos los dos en la locura de esa pampa guacha de padre. Y entre los dos le hacíamos hijos a la tierra.

Pero eso fue antes. Cuando la pelea me deliraba sueños, mi querida amiga. Yo, Encarnación Ezcurra. Nacida de Juan Ignacio Ezcurra y Teodora de Arguibel, de 1875, mes de marzo. La que se ensayó de doña y como simio fue burlada. La negra Toribia. La restauradora. La que inventó la Mazorca, pero no inventó el crimen ni la muerte a mansalva. La que olió a bosta en el gobierno de los justos. Yo, Encarnación Ezcurra. La que lo quiere todo o no quiere nada. La leal. La no devota. La santera. La que espera al Moro para huir de este campo engangrenado. La que renuncia a tanta traición, tanto polvo, tanto espanto. Yo, Encarnación Ezcurra, la de esta piel curtida más que de mujer, de chancho, se quiere ir, sin decir nada.

CANTO

*Y si el Moro
te busca,
no tengas dudas.
El es tu Dios,
tú guía,
la mejor senda...
Y si el Moro viene,
no te detengas,
rápida centella
huye,
no te arrepientas...*

*Cuando
el desierto sangra,
no deja huellas...*

EL MORO

Mi querida amiga Inés de Anchorena. Vas a entenderme. Sí, yo al Moro me lo sueño día y noche, y hasta me parece que lo he visto asomado en la ventana.

La mulata Toribia engrasa la montura. Un Quiroga, con su cabeza entre los brazos, me mira como miran los decapitados. Yo paso a su lado y apenas me detengo en un guiño. La cabeza de Quiroga dice que quiere venirse conmigo, y medio como que amago llevármela. La cabeza de Quiroga quiere contarme cómo es encontrarse con la muerte en pleno campo. Quiere hablarme del último momento en que a uno le parece que la bala es para otro. Y sí, quiero llevármela. A su cabeza. Pero me da cosa. Dejarlo a Quiroga vagando, el cuello pila. No, mi Facundo, no puedo llevarme su cabeza. Yo sé que enseguida un caudillo decapitado se hace fantasma, se hace leyenda triste. Se hace como una vidala eterna. Y me imagino las pampas cubiertas de velas y vidalas. Las pampas con orejas arrancadas, arrastradas por el viento, cabezas rodando como balones, en busca de sepultura, torsos sin cabeza con el corazón latiendo, pedazos de dedos colgando de los árboles, chorros de sangre tiñendo los arroyos. Y la pueblada encendiendo antorchas, y el fuego surcando las noches. Y me appena tanta pueblada besando la tierra de rodillas, pidiendo por los santos que los aman. Y los santos montando ovejas y gritando como si fueran satanaces. Me da miedo sacarle la cabeza a Quiroga. Pero ella yo sé que quiere que me la lleve lejos de esta patria.

El Moro me relincha cerca, me sopla en el cuello, me sosiega el paso. Quieta, Toribia, me dice pateando la tierra. Quieta, estate alerta, mi india... Y yo le digo, yo le hablo, como le hablaba el Facundo. Y le explico que primero me pasee por los ranchos, el caserío, y, después, me lleve hasta donde repican las campanas. Quiero recorrer mis calles como la Toribia coronada, con los pechos de las que amamantan. Quiero que el Moro me pasee, a mí, a la heroína, a La federala. Quiero eso. Antes de que venga la bicha de la guadaña y me diga basta... Quiero que el Moro me lleve por toda la barriada, y que vos, Juan Manuel, mi amigo y compañero, mi León del desierto, me sigas como sombra de la misma noche... “Vocé no se muere, mi señora... Vocé es la dueña de mi cerebro, vocé no puede abandonarme... Vocé es la restauradora de las leyes, vocé es la soberana...”.

Es como si me costara dejar esta patria. Pero de sobra se que esta patria va a dejarnos y va a deambular como las ánimas.

Y ya no tengo fuerzas, Juan Manuel, para armarte un sostén en la derrota.

Yo espero al Moro. Y ya no es sueño lo que digo, porque el mismo Moro ya se ha hecho uno con mi cuerpo. Y él y yo somos lo mismo.

Y por eso te escribo todo esto, mi querida María Inés de Anchorena. Amiga mía. Ya estoy al borde de mi último suspiro. No quiero quedarme con nada de este mundo.

Mi querida amiga, él, mi Juan Manuel, ha llegado a la cumbre de todo... Y en la cumbre, no nos hemos abrazado. Una cosa es pelear por el poder supremo. Otra, tenerlo entre las manos. Y sus manos a él le pertenecen. Y sus manos no reciben órdenes. Yo ya no le sirvo para nada.

Y así, me ha dicho el otro día: “Ya me fuiste útil... Así, Encarnación, así como estás, desganada, sin comer y sin vestirme, así ya no me servís para nada”. Y es verdad. Mi cuerpo me ha abandonado. Pero estoy tranquila ahora que el Moro de mi Facundo se me ha metido en la sangre. A lo lejos, como un presagio, mi virgen de Balvanera. Vestida de punzó, baila un candombe. Nuestros santos siempre fueron los santos de los pobres. Y esos santos son los que me alertan que mi hombre llorará sobre mi lecho, que querrá reavivarme como un fuego, pero que yo me iré como en el viento. Y él se alzaré como un mandinga. No sabiendo quién es quién. Preguntando por el nombre de su sombra.

¿Por qué han vestido de negro a mis criados? ¿Por qué arden de negro las candelas? ¿Por qué se han mandado a enlutar todas las calles? ¿Por qué la Eugenia Castro se prueba mis vestidos? ¿Por qué el Tatita la mira como la mirara el Carancho? Quizá es que mis ojos están débiles, querida mía. Y veo crespones negros, donde antes ardían los punzó y los rojos federales.

Hay un olor a corona de flores chamuscadas que me asfixia.

CANTO

*Y si el Moro viene,
no te detengas,
rápida centella
huye.
no te arrepientas...
Cuando
el desierto sangra,*

*no deja huellas.
Y si la pampa llora,
dale consuelo,
prométele
caudillos que
la protejan...*

Y es esta debilidad la que me hace que te confiese lo que ni al cura pude decirle, querida amiga. Yo no fui la mujer de Rosas. Yo no fui la mujer del héroe del desierto. Yo fui su mapa. Su estrategia. Su atalaya en medio de los páramos. Su rosa de los vientos. Su India pampa. Yo, Encarnación Ecurra, amiga mía, la mulata Toribia se está yendo. Y lo que es peor, siento que conmigo me llevo la sangre de esta patria, digo la sangre de las que paren fuerte. No. Yo no fui la mujer de Rosas. Yo sé que fui su palabra. La que se escribe. La de las órdenes. La de las astucias. Las de las batallas. Pero en silencio parto. Porque elegí irme de callada. Y seguida de negros y arcabuces descubriré mi suerte.

CANTO

*Y si el Moro
te lleva hasta
una frontera,
no dudes en seguirlo,
será tu estrella.*

Amanece. Es el 20 de octubre de 1838. No quiero que me encuentren aferrada al cuerpo.

Vamos, Moro.

La luz va decreciendo.

FLN

EDICIONES INTEATRO

Las ediciones pueden descargarse en formato PDF en el sitio del Instituto Nacional del Teatro (disponibilidad sujeta a la autorización de los autores).

COLECCIÓN EL PAÍS TEATRAL

De escénicas y partidas

De Alejandro Finzi

Teatro (Tomos I, II y III)

Obras completas de Alberto Adellach.

Prólogo: Esteban Creste (Tomo I), Rubens

Correa (Tomo II), Elio Gallipoli (Tomo III).

Teatro del actor

De Norman Briski

Prólogo: Eduardo Pavlovsky

Dramaturgia en banda

Incluye textos de Hernán Costa, Mariano

Pensotti, Hernando Tejedor, Pablo Novak,

José Montero, Ariel Barchilón, Matías Feldman
y Fernanda García Lao.

Coordinación pedagógica: Mauricio Kartun

Prólogo: Palo Bontá

Antología breve del teatro para títeres

De Rafael Curci

Prólogo: Nora Lía Sormani

Teatro para jóvenes

De Patricia Zangaro

Antología teatral para niños y adolescentes

Incluye textos de Hugo Álvarez, María Inés

Falconi, Los susodichos, Hugo Midón, María

Rosa Pfeiffer, Lidia Grosso, Héctor Presa,

Silvina Reinaudi y Luis Tenewicki

Prólogo: Juan Garfí

Becas de creación

Incluye textos de Mauricio Kartun,

Luis Cano y Jorge Accame

Diccionario de autores teatrales argentinos 1950-2000 (Tomo I y II)

De Perla Zayas de Lima

Hacia un teatro esencial

De Carlos María Alsina

Prólogo: Rosa Ávila

Teatro ausente

De Aristides Vargas

Prólogo: Elena Frances Herrero

Caja de resonancia y búsqueda de la propia escritura

De Rafael Monti

La carnicería argentina

Incluye textos de Carolina Balbi, Mariana Chaud, Ariel Farace, Laura Fernández, Santiago Governori, Julio Molina y Susana Villalba.

Coordinación: Luis Cano

Prólogo: Carlos Pacheco

Del teatro de humor al grotesco

De Carlos Pais

Prólogo: Roberto Cossa

Nueva dramaturgia argentina

Incluye textos de Gonzalo Marull, Ariel Dávila, Sacha Barrera Oro, Juan Carlos Carta, Ariel Sampaolesi, Martín Giner, Guillermo Santillán, Leonel Giacometto, Diego Ferrero y Daniel Sasovsky.

Dos escritoras y un mandato

De Susana Tampieri y María Elvira Maure de Segovia

Prólogo: Beatriz Salas

La valija

De Julio Mauricio

Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza

Coedición con Argentores

El gran deschave

De Armando Chulak y Sergio De Cecco

Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza.

Coedición con Argentores

Una libra de carne

De Agustín Cuzzani

Prólogo de Lucía Laragione y Rafael Bruza

Coedición con Argentores

Una de culpas

De Oscar Lesa

Coedición con Argentores

Desesperando

De Juan Carlos Moisés

Coedición con Argentores

Almas fatales, melodrama patrio

De Juan Hessel

Coedición con Argentores

Air Liquid

De Soledad González

Coedición con Argentores

Un amor en Chajarí

De Alfredo Ramos

Coedición con Argentores

Un tal Pablo

De Marcelo Marán

Coedición con Argentores

Casanimal

De María Rosa Pfeiffer

Coedición con Argentores

Las obreras

De María Elena Sardi

Coedición con Argentores

Molino rojo

De Alejandro Finzi

Coedición con Argentores

El que quiere perpetuarse

De Jorge Ricci

Coedición con Argentores

Freak show

De Martín Giner

Coedición con Argentores

Trinidad

De Susana Pujol

Coedición con Argentores

Esa extraña forma de pasión

De Susana Torres Molina

Coedición con Argentores

Los talentos

De Agustín Mendilaharsu y Walter Jacob

Coedición con Argentores

Nada del amor me produce envidia

De Santiago Loza

Coedición con Argentores

Confluencias.

Dramaturgias serranas

Prólogo: Gabriela Borioli

El universo teatral de Fernando

Lorenzo. Los textos dramáticos y los espectáculos.

Compilación: Graciela González de Díaz Araujo y Beatriz Salas

70/90. Crónicas dramatúrgicas

Incluye textos de Eduardo Bertaina, Aldana

Cal, Laura Córdoba, Hernán Costa, Cecilia

Costa Vilar, Omar Fragapane, Carla Maliandi,

Melina Perelman, Eduardo Pérez Winter,

Rubén Pires, Bibiana Ricciardi, Rubén Sabatini,

Luis Tenewicki y Pato Vignolo

Doble raíz

De Leonardo Gologoboff

La canción del camino viejo

De Miguel Franchi, Santiago Dejesús y Severo

Callaci

Febrero adentro

De Vanina Coraza

Mujer armada hombre dormido

De Martín Flores Cárdenas

Museo Medea

De Guillermo Katz, María José Medina,

Guadalupe Valenzuela

¿Quiéná?

De Raúl Kreig

Quería taparla con algo

De Jorge Accame

Obras reunidas (2000-2014)

De Soledad González

Prólogos: Eduardo Del Estal y Alejandro Finzi

Moreira Delivery

Pablo Felitti

Del nombre de los sentimientos

Alberto Moreno

Yo estuve ahí. Textos dramáticos

Luis cano

COLECCIÓN ESTUDIOS TEATRALES

Narradores y dramaturgos

Incluye conversaciones con Juan José Saer, Mauricio Kartun, Ricardo Piglia, Ricardo Monti, Andrés Rivera y Roberto Cossa

Las piedras jugosas. Aproximación al teatro de Paco Giménez

De José Luis Valenzuela

Prólogos: Jorge Dubatti y Cipriano Argüello Pitt

Dramaturgia y escuela 1

Antóloga: Gabriela Lerga

Pedagogas: Gabriela Lerga y Ester Trozzo

Prólogo: Graciela González de Díaz Araujo

Dramaturgia y escuela 2

Textos de Ester Trozzo, Sandra Vigiani,

Luis Sampredo

Prólogo: Jorge Ricci y Mabel Manzotti

Didáctica del teatro 1

Coordinación: Ester Trozzo, Luis Sampredo

Colaboración: Sara Torres

Prólogo: Olga Medaura

Didáctica del teatro 2

Prólogo: Alejandra Boero

Manual de juegos y ejercicios teatrales

De Jorge Holovatuck y Débora Astrosky

Segunda edición corregida y actualizada

Prólogo: Raúl Serrano

Nueva dramaturgia latinoamericana

Incluye textos de Luis Cano, Gonzalo Marull (Argentina), Marcos Damaceno (Brasil), Lucía de la Maza (Chile), Víctor Vivíescas (Colombia), Amado del Pino (Cuba), Ángel Norzagaray (México), Jaime Nieto (Perú), Sergio Blanco (Uruguay)

Compilación y prólogo: Carlos Pacheco

La Luz en el teatro.

Manual de iluminación

De Eli Sirlin

Laboratorio de producción teatral 1. Técnicas de gestión y producción aplicadas a proyectos alternativos

De Gustavo Schraier

Prólogo: Alejandro Tantanián

El teatro con recetas

De María Rosa Finchelman

Prólogo: Mabel Brizuela

Presentación: Jorge Arán

Teatro de identidad popular en los géneros sainete rural, circo criollo y radioteatro argentino

De Manuel Maccarini

Por una crítica deseante.

De quién/para quién/qué/cómo

De Federico Irazábal

Saulo Benavente.

Ensayo biográfico

De Cora Roca

Prólogo: Carlos Gorostiza

Las múltiples caras del actor

De Cristina Moreira

Palabras de bienvenida: Ricardo Monti

Presentación: Alejandro Cruz

Testimonio: Claudio Gallardou

Técnica vocal del actor

De Carlos Demartino

**Hacia una didáctica del teatro con
adultos referentes y fundamentos**

De Luis Sampedro

El teatro, el cuerpo y el ritual

De María del Carmen Sánchez

**Tincunacu. Teatralidad y celebración
popular en el noroeste argentino**

De Cecilia Hopkins

La risa de las piedras

De José Luis Valenzuela

Prólogo: Guillermo Heras

**Dramaturgos argentinos
en el exterior**

Incluye textos de Juan Diego Botto, César

Brié, Cristina Castrillo, Susana Cook, Rodrigo

García, Ilo Krugli, Luis Thenón, Arístides

Vargas, Bárbara Visnevetzky.

Compilación: Ana Seoane

**Antología de teatro latinoamericano.
1950-2007 (Tomos I, II, III)**

De Lola Proaño Gómez y Gustavo Geirola

**El universo mítico de los argentinos en
escena (Tomos I, II)**

De Perla Zayas de Lima

**Piedras de agua. Cuaderno de una actriz
del Odin Teatret**

De Julia Varley

**El teatro para niños y sus paradojas.
Reflexiones desde la platea**

De Ruth Mehl

Prólogo: Susana Freire

**Rebeldes exquisitos. Conversaciones
con Alberto Ure,
Griselda Gambaro y Cristina Banegas**

De José Tcherkaski

**Ponete el antifaz (escritos, dichos y
entrevistas)**

De Alberto Ure

Compilación: Cristina Banegas

Selección y edición: Alejandro Cruz y Carlos

Pacheco

**Teatro de vecinos. De la comunidad para
la comunidad**

De Edith Scher

Prólogo: Ricardo Talento

**Cuerpos con sombra. Acerca de
entrenamiento corporal del actor**

De Gabriela Pérez Cuba

Jorge Lavelli. De los años 70 a los años de la Colina. Un recorrido con libertad

De Alain Satgé

Traducción: Raquel Weskler

Saulo Benavente.

Escritos sobre escenografía

Compilación: Cora Roca

Una fábrica de juegos y ejercicios teatrales

De Jorge Holovatuck A.

Prólogo: Raúl Serrano

Circo en Buenos Aires. Cultura, jóvenes y políticas en disputa

De Julieta Infantino

La comedia dell'arte, un teatro de artesanos.

Guiños y guiones para el actor

De Cristina Moreira

El director teatral ¿es o se hace?

Procedimientos para la puesta en escena

De Víctor Arrojo

Teatro de objetos.

Manual dramaturgico

De Ana Alvarado

Textos dramáticos para teatro de objetos

Mariana Gianella, Fernando Ávila y Francisco

Grassi

Técnicas de clown.

Una propuesta emancipadora

De Cristina Moreira

Concurso de ensayos sobre teatro.

Celcit- 40 años

Incluye textos de Alfonso Nilson Barbosa de Sousa, José Emilio Bencosme Zayas, Julio Fernández Pelaéz, Roberto Perinelli, Ezequiel Gusmeroti, Lina Morales Chacana, Loreto Cruzat, Isidro Rodríguez Silva

La música en el teatro y otros temas

De Carmen Baliero

Manual de análisis de escritura dramática. Teatro, radio, cine, televisión y nuevos medios electrónicos

De Alejandro Robino

Exorcizar la historia. El teatro argentino bajo la dictadura

Jean Graham-Jones

Leer a Brecht

Hans-Thies Lehmann

COLECCIÓN HOMENAJE AL TEATRO ARGENTINO

El teatro, ¡qué pasión!

De Pedro Asquini

Prólogo: Eduardo Pavlovsky

Teatro, títeres y pantomima

De Sarah Bianchi

Prólogo: Ruth Mehl

Saulo Benavente. Ensayo biográfico

De Cora Roca

Prólogo: Carlos Gorostiza

Títeres para niños y adultos

De Luis Alberto Sánchez Vera

Memorias de un titiritero

latinoamericano

De Eduardo Di Mauro

Gracias corazones amigos.

La deslumbrante vida de

Juan Carlos Chiappe

De Adriana Vega y Guillermo Luis Chiappe

Los muros y las puertas en el teatro de

Víctor García

De Juan Carlos Malcum

Prólogo: Carlos Pacheco

El pensamiento vivo de Oscar Fessler.

Tomo 1: el juego teatral en la educación

De Juan Tríbulo

Prólogo: Carlos Catalano

El pensamiento vivo de Oscar Fessler.

Tomo 2: clases para actores y directores

De Juan Tríbulo

Prólogo: Víctor Bruno

Oswaldo Dragún. La huella inquieta – testimonios, cartas, obras inéditas

De Adys González de la Rosa y Juan José

Santillán

COLECCIÓN HISTORIA TEATRAL

Personalidades, personajes y temas del teatro argentino (Tomos I y II)

De Luis Ordaz

Prólogo: Jorge Dubatti y Ernesto Schoo (Tomo I),

José María Paolantonio (Tomo II)

Historia de la actividad teatral en la provincia de Corrientes

De Marcelo Daniel Fernández

Prólogo: Ángel Quintela

40 años de teatro salteño (1936-1976). Antología

Selección y estudios críticos: Marcela Beatriz

Sosa y Graciela Balestrino

Historia del teatro en el Río de la Plata

De Luis Ordaz

Prólogo: Jorge Lafforgue

La revista porteña. Teatro efímero entre dos revoluciones (1890-1930)

De Gonzalo Demaría

Prólogo: Enrique Pinti

**Historia del Teatro Nacional Cervantes
1921-2010**

De Beatriz Seibel

**Apuntes sobre la historia del teatro
occidental - Tomos I, II, III y IV**

De Roberto Perinelli

**Un teatro de obreros para obreros.
Jugarse la vida en escena**

De Carlos Fos

Prólogo: Lorena Verzero

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo I (1800- 1814)

Sainetes urbanos y gauchescos

Selección y Prólogo: Beatriz Seibel

Presentación: Raúl Brambilla

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo II (1814-1824)

Obras de la Independencia

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo III (1839-1842)

Obras de la Confederación y emigrados

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo IV (1860-1877)

Obras de la Organización Nacional

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo V (1885-1899)

Obras de la Nación Moderna

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo VI (1902-1908)

Obras del Siglo XX -1ra. década- I

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo VII (1902-1910)

Obras del Siglo XX -1ra. década- II

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo VIII (1902-19108)

Obras del Siglo XX -1ra. década- III

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

**Antología de obras de teatro argentino
desde sus orígenes a la actualidad.**

Tomo IX (1911-1920)

Obras del Siglo XX -2da. década-I

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo X (1911-1920)

Obras del Siglo XX -2da. década- II

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo XI (1913-1916)

Obras del Siglo XX -2da. década- III

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo XII (1922-1929)

Obras del Siglo XX -3ra. década (sainetes y reveistas)

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad

Tomo XIII (1921-1927). Obras del Siglo

XX - 3ra. década (II)

Historias de ayer y de hoy

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad

Tomo XIV (1921-1930). Obras del Siglo

XX - 3ra. década (III)

Comedias

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Iberescena 10 años. Fondo de ayudas para las Artes

Escénicas Iberoamericanas 2007-2017

Compilador: Carlos Pacheco

Prólogos de Marielos Fonseca Pacheco y Marcelo Allasino.

COLECCIÓN PREMIOS

Obras Breves

Obras ganadoras del 4° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Viviana Holz, Beatriz Mosquera, Eduardo Rivetto, Ariel Barchilón, Lauro Campos, Carlos Carrique, Santiago Serrano, Mario Costello, Patricia Suárez, Susana Torres Molina, Jorge Rafael Otegui y Ricardo Thierry Calderón de la Barca.

Siete autores (la nueva generación)

Obras ganadoras del 5° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Maximiliano de la Puente, Alberto Rojas Apel, María Laura Fernández, Andrés Binetti, Agustín Martínez, Leonel Giacometto, Santiago Governori
Prólogo: María de los Ángeles González

Teatro/6

Obras ganadoras del 6° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Karina Androvich, Patricia Suárez, Luisa Peluffo, Lucía Laragione, Julio Molina, Marcelo Pitrola

Teatro/7

Obras ganadoras del 7° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Agustina Muñoz, Luis Cano, Silvina López Medín, Agustina Gatto, Horacio Roca, Roxana Aramburú

Teatro/9

Obras ganadoras del 9° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Patricia Suárez, y María Rosa Pfeiffer, Agustina Gatto, Joaquín Bonet, Christian Godoy, Andrés Rapoport, Amalia Montaña

Teatro/10

Obras ganadoras del 10° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Mariano Cossa y Gabriel Pasquini, Enrique Papatino, Lauro Campos, Sebastián Pons, Gustavo Monteros, Erica Halvorsen, Andrés Rapoport

Concurso Nacional de Obras de Teatro para el Bicentenario

Incluye textos de Jorge Huertas, Stela Camilletti, Guillermo Fernández, Eva Halac, José Montero, Cristian Palacios

Concurso Nacional de Ensayos Teatrales.

Alfredo de la Guardia - 2010

Incluye textos de María Natacha Koss, Gabriel Fernández Chapo, Alicia Aisemberg

Teatro/11

Obras ganadoras del 11° Concurso

Nacional de Obras de Teatro Infantil

Incluye textos de Cristian Palacios, Silvia Beatriz Labrador, Daniel Zaballa, Cecilia Martín y Mónica Arrech, Roxana Aramburú, Gricelda Rinaldi

Concurso Nacional de Ensayos Teatrales.

Alfredo de la Guardia - 2011

Incluye textos de Irene Villagra, Eduardo Del Estal, Manuel Maccarini

Teatro/12

Obras ganadoras del 12° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Oscar Navarro Correa, Alejandro Ocón, Ariel Barchilón, Valeria Medina, Andrés Binetti, Mariano Saba, Ariel Dávila

Teatro/13

Obras ganadoras del 13° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

-dramaturgia regional-

Incluye textos de Laura Gutman, Ignacio Apolo, Florencia Aroldi, María Rosa Pfeiffer, Fabián Canale, Juan Castro Olivera, Alberto Moreno, Raúl Novau, Aníbal Fiedrich, Pablo Longo, Juan Cruz Sarmiento, Aníbal Albornoz, Antonio Romero

Teatro/14

Obras ganadoras del 14° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

-30 años de Malvinas-

Incluye textos de Mariano Nicolás Saba, Carlos Aníbal Balmaceda, Fabián Miguel Díaz, Andrés Binetti

Teatro/18

Obras ganadoras del 18° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Mariano Tenconi Blanco, Fabián Miguel Díaz, Leonel Giacometto, Andrés Gallina, Aliana Álvarez Pacheco y Sebastián Suñé.

Teatro/15

Obras ganadoras del 15° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Laura Córdoba, María Sol Rodríguez Seoane, Giuliana Kiersz, Manuel Migani, Santiago Loza, Ana Laura Izurieta

Teatro/16

Obras ganadoras del 16° Concurso

nacional de Obras de Teatro

-dramaturgia regional-

Incluye textos de Omar Lopardo, Mariela Alejandra Domínguez Houlli, Sandra Franzen, Mauricio Martín Funes, Héctor Trotta, Luis Serradori, Mario Costello, Alejandro Boim, Luis Quinteros, Carlos Guillermo Correa, Fernando Pasarín, María Elvira Guitart

Teatro/17

Obras ganadoras del 17° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Ricardo Ryser, Juan Francisco Dasso, José Moset, Luis Ignacio Serradori, Víctor Fernández Esteban, Jesús de Paz y Alejandro Finzi.

YO, ENCARNACIÓN EZCURRA

Este ejemplar se terminó de imprimir en Grupo Unión
Carlos Calvo 675 / CABA – Argentina.

Diciembre de 2018 – Primera edición: 2.500 ejemplares